

Asbed Aryan

Carlos Mogueillansky



La trayectoria de Asbed Aryan ha sido amplia y multifacética. Son muchos los ámbitos que sufrirán su ausencia y las personas que lamentaron su partida. Asbed formó parte de un grupo de profesionales que se había formado en los albores iniciales de un extraordinario giro humanista de la medicina y la psiquiatría argentina. En las décadas de los años sesenta y setenta, la influencia de Florencio Escardó en la pediatría y de Enrique Pichon-Rivière y

Mauricio Goldenberg en la psiquiatría dió un vuelco en la concepción del niño y del enfermo mental, como personas que merecían respeto y atención humana. El niño podía estar acompañado por su familia y el enfermo mental era un enfermo que compartía el hospital con los enfermos de otras dolencias. Esa nueva perspectiva humanista, alimentada con el aporte del psicoanálisis, sentó las bases para que Asbed, junto con sus colegas del Policlínico de Lanús y de los Centros de Salud Mental iniciara lo que fue el estudio más importante sobre la adolescencia en Argentina y América Latina. La mayor visibilidad de la adolescencia como una etapa que merecía el abordaje multidisciplinario de la medicina, la sociología y la psicología dio como resultado una fructífera cooperación de distintas perspectivas y contó en Asbed a uno de sus pioneros. Junto a otros colegas -quiero mencionar aquí a Marta Brea- desarrolló el abordaje grupal de los adolescentes y eso permitió que muchos jóvenes del conurbano y de la Capital Federal -que viajaban a Lanús para acceder a esa atención- recibieran un abordaje calificado en el marco hospitalario. Un modo sencillo de brindar un servicio público y gratuito de gran calidad, que aún hoy se echa de menos.

Asbed fue un hombre cálido y apasionado. Él imprimió esas cualidades a su tarea pionera y formó en nosotros a un extenso grupo de discípulos y amigos que lo hemos acompañado desde aquella época, en la tarea asistencial y formativa en el hospital y luego en las aulas de APdeBA. Era un hombre muy querido y querible, pues unía su experiencia con una gran sencillez expositiva, que allanaba el camino de sus alumnos y les hacía perder sus prejuicios y temores sobre una psicoterapia que siempre fue muy temida en su abordaje. Asbed solía decir que *en ninguna ocasión se debe descartar una teoría anterior para incorporar los puntos de vista que sostiene una nueva, porque la clínica excede y rebasa a todas ellas y desafía con transformar el uso de una única teoría en un lecho de Procusto*. Una frase muy apropiada para cualquier interesado en la adolescencia, tan poco dispuesta al pago chico de un albergue cerrado como abierta a la diversidad de posibilidades de un horizonte mayor.

Asbed desempeñó muchos cargos: fue Director de CAPS; y luego, fue vicepresidente y a continuación presidente de APdeBA. Coordinó el área de adolescencia desde su inicio y posteriormente contribuyó con sus ideas a la fundación del actual Departamento de Niñez y Adolescencia. Pero, más allá de esos cargos, fue un referente de la especialidad en APdeBA y en otras instituciones argentinas - APA, SAP y la Escuela de Psicoterapia- y de América Latina, en Porto Alegre y en México. Lograba despertar una gran admiración por sus dotes clínicas. Su contacto y su experiencia generaban mucho entusiasmo en sus oyentes, que disfrutaban su enseñanza con cariño por él y por sus ideas. Sus publicaciones son la base de muchos desarrollos posteriores y su posición sobre el narcisismo adolescente marcó una de las líneas de trabajo de la especialidad en los últimos años. Esa tarea culminó en un libro, *Clínica de Adolescentes*, que publicó conmigo hace algunos años. Sus contribuciones trascendieron el horizonte local: Asbed participó en la Comisión Directiva de FEPAL y, como coordinador de Adolescencia, fundó los intercambios clínicos regionales, en los que participan analistas de distintas latitudes, que se han mantenido hasta la actualidad.

A su actividad científica y profesional, el agregó su pasión por la música, en especial por la ópera y el canto en general. Tenía una profunda voz de bajo y muchas veces hemos podido disfrutar de ella, cuando entonaba sus canciones armenias. Con gran cariño por su historia, él nos explicaba el sentido de ellas, su poesía y su sensibilidad. De esa manera compartía con nosotros su origen y su genealogía. Había nacido en Egipto hace ochenta años, pero en realidad él siempre fue armenio y reivindicó esa condición con su habitual pasión. Sus padres habían padecido una dolorosa orfandad, generada por el genocidio armenio de principios de siglo, y Asbed nos contaba las historias de su papá y de su tío, que habían sido protegidos por unas mujeres francesas en esa época difícil de entre guerras.

En los últimos tiempos, con la caída política de la Unión Soviética, se abrió para él un nuevo campo de reparación de esa ligazón emocional. Asbed abrazó con entusiasmo la formación de sus colegas de Ereván, a los que analizaba, supervisaba y daba seminarios en

armenio. Sus obras fueron traducidas en esa época al ruso y al armenio. Recuerdo sus comentarios sobre su experiencia, cuando confrontó su recuerdo del armenio de su infancia -que había compartido con sus padres- con el armenio actual que hablaban sus discípulos actuales. A raíz de esa experiencia desarrolló el psicoanálisis a distancia, para poder llevar a cabo una tarea que requería mucha continuidad, aún en la distancia. A ello, Asbed agregó una nueva cuota de esfuerzo y realizó innumerables viajes a Ereván, para llevar adelante esas actividades de un modo presencial. En muchos de esos viajes lo acompañaron sus hijos: Eugenia y Jeremías, y compartieron con Asbed el arraigo en su historia común.

Con Asbed y con Delia, su esposa, hemos compartido muchas cosas: la vida corriente, la crianza de los hijos, el interés por la clínica y la teoría psicoanalítica. Durante años -una vez calculamos que fueron más de cuarenta- tuve con Asbed una intensa cooperación clínica. Nos reuníamos semanalmente para discutir nuestros casos, para debatir distintas perspectivas y abordajes. Estas reuniones se ampliaban en una supervisión semanal que compartíamos con Leonardo Wender. Esa fue una gran experiencia ... no sólo por la enjundia de los aportes de Asbed y de Leo, sino por la posibilidad de participar, desde el palco y desde la platea, los distintos ángulos que esa actividad ofrecía: como protagonista de mis casos y como oyente de un diálogo entre ellos. Una manera filial y fraterna de compartir de un modo sencillo las dificultades que nuestra tarea nos imponía cada día, con la transparencia, la honestidad y la confianza de sabernos entre nosotros.

Asbed hizo con Delia una hermosa familia, llena de amigos y de cariño. Su hijo Jeremías les dio la alegría de dos nietos, Eneas y Armín, que llenaron de placer sus últimos tiempos.

Querido Asbed, nunca me imaginé que iba a escribir estas palabras sobre esta despedida, te vamos a extrañar...